



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Ramón de Campoamor)



—¿Cuál es mi eterna humorada?
¡La de llamar *compañeros*
á unos cuantos caballeros
que sé que no valen nada!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Fábula, por José Estremera.—Números y letras, por Juan Pérez Zúñiga.—Juicio oral y público, por Sinesio Delgado.—Apuntes, por Eduardo de Palacio.—El más honrado, por Calixto Navarro.—Tiquis-miquis, por A. Sánchez Pérez.—Menudencias, por Ramón Asensio Mas, Federico Canalejas y José Guinot.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.
GRABADOS: Instantáneas (Ramón de Campoamor).—Juicio oral y público (cinco viñetas).—Las cuestiones palpitantes (cuatro viñetas).—Entre cónyuges, por Cilla.—España cómica (Toledo), por Melitón González.



DE TODO UN POCO

Resulta que el Sr. Pérez Galdós escribió un drama; el drama no fué del agrado del público; la prensa, respetando siempre el nombre de su ilustre autor, emitió su juicio desfavorable, y ahora el Sr. Pérez Galdós publica un Prólogo al frente de la obra para decir que á él le parece buena y que no está conforme con los críticos.

Perfectamente; á mí nada de esto me interesa, porque ni soy crítico ni Pérez Galdós (¡y ojalá lo fuese!), ni siquiera abonado; pero, por lo mismo que no me interesa poco ni mucho, echaré mi cuarto á espaldas, que es achaque común á casi todos los españoles. Sin negar al fecundo é indiscutible novelista todo el mérito que le reconocen propios y extraños, entiendo yo que su último drama no ha sido del agrado del público, que es el verdadero prologuista, digan lo que quieran los termómetros.

Hase dicho que íbamos á tener motín, provocado por los industriales que introducen artículos sujetos al derecho de consumos; pero hasta la fecha... ¡nada! ni un mal escobazo.

Quizás fuese conveniente una algarada en estos días de frío cruel que nos entumece los miembros y nos colorea la nariz. Ya verán ustedes cómo, por lo mismo que deseamos los disturbios, no los hay hasta la primavera, cuando ya no hacen falta.

Aparte de lo útil que resultaría un motín callejero, ya estamos acostumbrados á los golpes, y no nos duelen; de modo que nos largan un ladrillazo ó nos meten la punta de un sable por un oído, y exclamamos con la mayor tranquilidad del mundo:

—¡Vaya! ¡Qué le hemos de hacer! Son cosas que manda Dios en colaboración con el alcalde.

Cuando ocurrió el famoso motin de las verduleras, á un amigo mío, bastante guapo, le reventaron un ojo en la Plaza Mayor por querer arengar á las amotinadas, y el hombre, en vez de protestar, cogió el ojo, lo envolvió en un papel, llegó á su casa y dijo á su esposa:

- Ceferina, guárdame eso hasta que vuelva.
- ¿Adónde vas?
- Á ver en qué acaba lo del motin.
- Pero esto ¿qué es?
- El ojo conyugal.

Con eso de los consumos el Gobierno vive prevenido y dispuesto á reprimir cualquier ataque. Ahora está en turno el motin de los abastecedores de pescados, legumbres, etc.; después se sublevarán los aguadores, después los mozos de cordel, en seguida los coristas de zarzuela, y así sucesivamente.

Poco á poco irá llegando el turno de la sublevación á todos los españoles, y acabaremos por ver el motin de los perros de lapas y de los loros domésticos y de las correderas.

—¿Á quién le toca sublevarse hoy?—preguntaremos á la criada, y nos contestará tranquilamente:

- ¿No es hoy martes? Pues hoy les toca á los jorobados.
- ¿Y qué piden?
- Que se les disuelvan las jorobas.

Lo primero que se logra con los motines es que los comerciantes cierren sus tiendas y que los chicos bailen de gozo en la calle. Hay comerciante á quien se le muere la mujer, y permaneco

detrás del mostrador con la frente apoyada en la anaquelaria y la mirada fija en el cajón del dinero.

- ¿Qué le pasa á usted Don Higinio?— se le pregunta.
- No me hable usted; estoy traspasando completamente. Mi pobre esposa falleció esta mañana, cuando íbamos á darle una medicina de catorce reales. ¡Lástima de tres pesetas y media!
- ¿Y por qué no cierra usted el establecimiento?
- ¡Jamás! Lo primero es el negocio. ¡Quiere usted que además de quedar vivo me arruine? Aparte de esto, yo no hago ninguna falta arriba. He dejado á la difunta custodiada por el dependiente.

El verdadero comerciante no cierra por nada de este mundo; pero en cuanto le dicen que va á haber motin, agarra los tableros, recoge el toldo y se olvida de los parroquianos, del negocio y del verbo divino.

Conozco un tendero que, en presencia del último motin de las cigarreras, no sólo cerró la tienda, sino que convidó á refrescar á las alborotadoras para que no le estropearan la portada.

—Todos los jueves damos reuniones—les decía cariñosamente;—si ustedes gustan, pueden venir á divertirse un ratito. Y nada de etiquetas, porque mi señora y yo somos muy francoa; aquí tienen ustedes su casa. Á los pies de ustedes.

Luis Taboada.

Fábula.

En un corral de tepales rodeado vivía entre otros bichos encerrado en gansote simpón y zambo y ansa y, como gana al fin, presuntuoso, que solía pensar: ¡Qué majadería son estos infelices compañeros que aquí vivo conmigo, que, por más que prorro, no consigo que reconozcan algo de lo mucho que valgo! Y el torpe, que laciva pretendía, intentaba volar y su polla; y queriendo correr, no lo lograba y los pies en las alas se trababa. Viendo sus compañeros que era un necio, solían contemplarle con desprecio, y el ganso se creía que era que nadie allí le compararía. Por cierto pavo que de fuera vino supo que en su establo de go vacino había varios cisnes muy hermosos, blancos como la nieve é muy airones, y para sí se dijo: ¡Qué alegría! ¡éstos sí que tendrán mucha más y podrán al instante el mérito apreciar de un semejante! Y con todas las fuerzas que podía graznaba sin cesar de noche y día. Y los cisnes dijeron cuando tanto le oyeron que graznaba sin tregua ni descanso: —No es posible andar así; hay un ganso.

José Estremera.

NÚMEROS Y LETRAS

—Don Cleto, ¿qué va usted á hacer? —Bueno, hay quien duda que como me iré á ver á don S.^o si está aquí, que no lo creo. Él vive en un S.^o piso de la calle del Almendro; mas cuando está sin un 4.^o va á la S.^o de recreo de Gómez, á media legua de la del duque de S.^o Después iré á que me largan el 7 que ayer me hicieron. Y como todos los santos tienen S.^o, iré luego á dar los días á Pepe y á la S.^o á San Pedro, y entraré á comprar, por último, en la lotería un 10.^o (¿Qué curiosillo es don Blas?) —(¿Qué número es don Cleto?) —Bueno, hay quien duda que como me iré á ver á don S.^o si está aquí, que no lo creo. Él vive en un S.^o piso de la calle del Almendro; mas cuando está sin un 4.^o va á la S.^o de recreo de Gómez, á media legua de la del duque de S.^o Después iré á que me largan el 7 que ayer me hicieron. Y como todos los santos tienen S.^o, iré luego á dar los días á Pepe y á la S.^o á San Pedro, y entraré á comprar, por último, en la lotería un 10.^o (¿Qué curiosillo es don Blas?) —(¿Qué número es don Cleto?)

Juan Pérez Zúñiga



Juicio oral y público.

I

—Otro testigo.

—¿Cómo se llama usted?

—Hilaria.

—¿De qué?

—¿Cómo de qué? ¡Ah, ya! Usia pregunta por el apellido.

Pues... Sánchez.

—¿Estado?

—Soltera, para servir á Dios y á la Sala.

—¿Edad?

—Veintidós años voy á cumplir para Agosto.

—¿Profesión?

—Eso... á la vista salta, criada de servicio.

—¿Estaba usted de cocinera en casa del procesado el día 12 de Abril del año pasado?

—No, señor.

—¿Fijese la testigo en lo que dice!

—Digo que no estaba de cocinera, que estaba para todo.

—¿Se acuerda de lo que pasó aquella noche?

—¡Vaya! ¡pues no me he de acordar! como si lo estuviera viendo. Á eso de las seis de la tarde la señorita, que en paz descanse, dijo que se sentía mala, y me mandó llamar al médico. Yo fui á escape, porque como la señorita estaba para salir de su cuidado de un momento á otro, y esas cosas, como usia sabe, se echan encima á lo mejor... Bueno, pues no encontré al médico en casa, dejé el recaó y me volví corriendo por si hacia falta para algo. Cuando llegué ya encontré allí al señorito que acababa de venir de la oficina y estaba dándole ánimos á la señora. Entre él y yo preparamos el cesto con la envuelta, la antihistérica por si acaso, la jofaina con el agua y todos los demás amuniculos que, como sabe usia, se necesitan para esos lances...

—¿Y usted notó entonces en el amo alguna preocupación, algún disgusto?

—Pues... á mí me pareció que no, señor, que estaba como siempre; porque yo llevaba en la casa cuatro meses nada más, y siempre le había visto lo mismo.

—¿Cómo?

—Pues... así como de mal humor; sin hablar casi nada con la señora ni conmigo. Venía, comía, se marchaba y... na más... ¡Parecía un huésped! Se conoce que era así su carácter.

—Bien! Siga contando lo que vió aquella noche.

—Pues nada, que la señorita se quejaba cada vez más, y que por fin vino el médico, y dijo que aquello iba muy de prisa, y lo demás ya usia lo sabe, porque ha salido en los periódicos.

—Dígalo, sin embargo.

—Bueno, lo diré; aunque crea usia que me revienta, porque se me ponen los pelos de punta. El señor se quedó en el gabinete sentado en una silla baja, con la cabeza entre las manos y sin hablar palabra como de costumbre. Allí dentro en la alcoba se oía quejarse á la señorita que daba compasión, hasta que por último

me llamó el médico y me dijo: «Hilaria, ahí tiene usted eso; es un niño muy hermoso, váya usted lavándole con cuidadito con una esponja, que allá voy yo en seguida». Yo cogí á la criatura, que beirreaba como un becerro, y me lo llevé al gabinete para enseñárselo á su padre. El señorito levantó la cabeza, dió un beso al angelito de Dios como se lo podía haber dao á la paré, y se volvió á quedar como estaba. Al poco rato entró el médico, le dijo al amo: «Con toda felicidad», y se puso á buscar el ombliguero en la cesta; nó lo había encontrao toavía, cuando sonó un tiro en la alcoba. Nos quedamos helaos. Yo, con la prisa de echar á correr, por poco dejó caer al chico. Cuando entramos, el señorito estaba al lao de la cama más blanco que el papel, con un revólver en la mano, y la señorita... había muerto de un balazo en la sien, sin dar siquiera un grito. Y esto es todo lo que pasó, sin quitar una letra.

—¿Otro testigo!

II

Pablo González Rojo, de cincuenta y seis años, casado, licenciado en medicina y vecino de Madrid.

—Diga lo que sepa del hecho de autos.

—El día 12 de Abril del año pasado fui llamado para asistir á la señora de uno de mis clientes. Llegué á la casa con tal oportunidad que á los quince ó veinte minutos mi misión estaba terminada. Cuando había prestado á la madre los primeros auxilios, y me disponía á fajar á la criatura, oí en la alcoba una detonación de arma de fuego. Entré inmediatamente y encontré al procesado cerca del lecho empuñando un revólver, y á su esposa con el rostro lleno de sangre. En cumplimiento de mi deber me apresuré á reconocer la herida para emplear los recursos de la ciencia, y vi que, desgraciadamente, eran inútiles. El proyectil, disparado á boca de jarro indudablemente, había penetrado en la masa cerebral, destruyendo el temporal derecho. La muerte fué instantánea. Por lo cual me concreté á dejar el cadáver en la posición que tenía y á mandar aviso al juzgado de guardia.



—¿Usted conocía al procesado antes de esa fecha?
 —Sí, señor; le había asistido en una larga enfermedad algunos meses antes.
 —¿Qué concepto le merecía á usted entonces?
 —Siempre me pareció una excelente persona.
 —La enfermedad de que usted acaba de hacer mención ¿pudo influir en su carácter?
 —No, señor, puesto que, ya completamente restablecido de ella, siguió siendo alegre, decidior y campechano. Fué algún tiempo después cuando se volvió taciturno, huraño y distraído, como si le persiguiera una preocupación honda.
 —¿Y usted no sabe á qué atribuir ese cambio?
 —No, señor, no sé nada.
 —Puede retirarse.

III

—¿Tiene algo que decir el acusado?
 —Poco, señor presidente, porque supongo que el Jurado habrá comprendido el móvil de mi crimen, por las declaraciones que



acaban de prestar los testigos. Yo adoraba á mi esposa y pedía á Dios que nos concediera un fruto de bendición que viniera á santificar nuestros amores. A los dos años de matrimonio empecé á notar en ella cierto desvío, una marcada indiferencia que esperaba vencer con mi cariño, siempre creciente, y á fuerza de atenciones y de cuidados, pero jamás me pasó por la imaginación la idea de la infidelidad más pequeña por su parte. En esto tuve, ó mejor, tuvimos los dos la desgracia de que yo cayera enfermo, de tanta gravedad que no pude abandonar el lecho en tres meses. Paralizado mi trabajo, única fuente de ingresos de mi hogar, hubo que echar mano de los ahorros que se agotaron en seguida... y llegamos á pasar verdaderos apuros. Pero ¿qué me importaba esto si sentía renacer el amor de mi mujer, que me atendía con una solicitud rayana en la abnegación, consolándome en mis dolores, y

animándome en mi tristeza? Más que á los medicamentos debí la salud á esta idea bienhechora que me inundaba de placer el espíritu y prestaba lentamente energía y vigor al cuerpo. Curado ya, volví al despacho de la casa de banca durante todo el día, y me permití el lujo de escribir pliegos y más pliegos para las Salesas, durante la noche, robando horas al sueño para quitarme de encima los atrasos. Ella era otra. Me mimaba como nunca y me quería como en la luna de miel. Pero al poco tiempo, y los señores jurados comprenderán la vergüenza que me cuesta confesar esto, al poco tiempo el estado de mi esposa, imposible de ocultar... ¿cómo lo diré? ¡vino á arrancarme la venda de los ojos para mostrarme el crimen, el horroroso engaño de que era víctima! ¡No cabía duda! Contando por los dedos, haciendo todo género de suposiciones y cálculos, ¡siempre veníamos á caer en aquellos tres desdichados meses de enfermedad! ¿Comprende ahora la Sala? Además, yo leía continuamente en los ojos de la infame la imposibilidad del engaño, el sordo batallar de la conciencia y el temor, cada día más

acentuado, á un castigo que había de llegar por fuerza, terrible y violento. Renuncié á pintar el espantoso tormento de aquella vida desesperada y de constante lucha, aquellas ansias de venganza siempre contenidas, aquel llorar lágrimas de sangre y aquel tremendo combate de miradas que descubrían los negros pensamientos. Por fin... llegó el instante; besé á la pobre criatura y me lancé como una fiera hacia el lecho. Miré á mi mujer... ¿Cómo la miraría que, muda de espanto, no hizo el menor movimiento de protesta? Aquello fué un relámpago. Saqué el arma de la mesa de noche y disparé apretando el cañón sobre la cabeza!...
 —Pero... si el acusado quiso vengar su honor, que creía pisoteado, ¿cómo explica esa calma de tantos meses? ¿Por qué no recurrió á ese extremo violento en el instante mismo de convencerse de su deshonor? ¿No comprende que de ese modo nada disculpa el arrebatado de la pasión, del amor propio hostigado por los celos, del ansia de castigar una ofensa?
 —Bien, pero ¿y el niño, señor presidente? ¿Qué culpa tenía el niño?

Sinosis Delgado.

Apuntes.

Para festejar con rambo un bantizo, un matrimonio ó otra apertura... de tienda ó buñolería ó horno, contrataron una murga que amenazara... al reposo y sirviera como orquesta

para un baile en pleno arroyo. Conque el dueño de la casa dijo, por «ponerse moños»: —¿Qué músicos! Profesores, solípedos casi todos. Y miramos, y en efecto, de siete, seis eran cojos.

—Lléveme usted este queso, le decía á un parroquiano antiguo Sebastián, el dueño de la tienda. Es exquisito, una especialidad.
 —¿Hombre!

—Si usted le prueba, de seguro no vuelve á comer más.
 —¿Qué queso es éste?

—De Fromage, pero

legítimo, verdad: aquí está la factura. El parroquiano le llevó y tuvo un cólico bestial; y decía, e: las ansias de la muerte:
 —¿Bien dijo aquel trahán!
 «No comerá usted más.» ¡Vil asesino!
 ¡Y siendo de Fromage natural!
 Pues si no es de Fromage, ¿qué me pasa! En viendo el queso nuevo sin tender. Y aún seguía anunciándole el tendero:
 «De Fromage legítimo. ¡Probad!»

Lola tiene buen sentido en clase de actriz dramática, pero no tiene gramática, ni tiene casi marido. El también es teatral: segundo apunte cesante, y ha sido bajo cantante y primo donno genial.

Hoy cuida al niño, y si llora, le canta un trozo escogido y barre y pone el cocido, mientras duerme su señora. Y si el pobre la recuerda algún quehacer que la enfada, ella le dice enojada:
 —Tú eres un cerdo á la izquierda.

Eduardo de Palacio.

¿El más honrado?

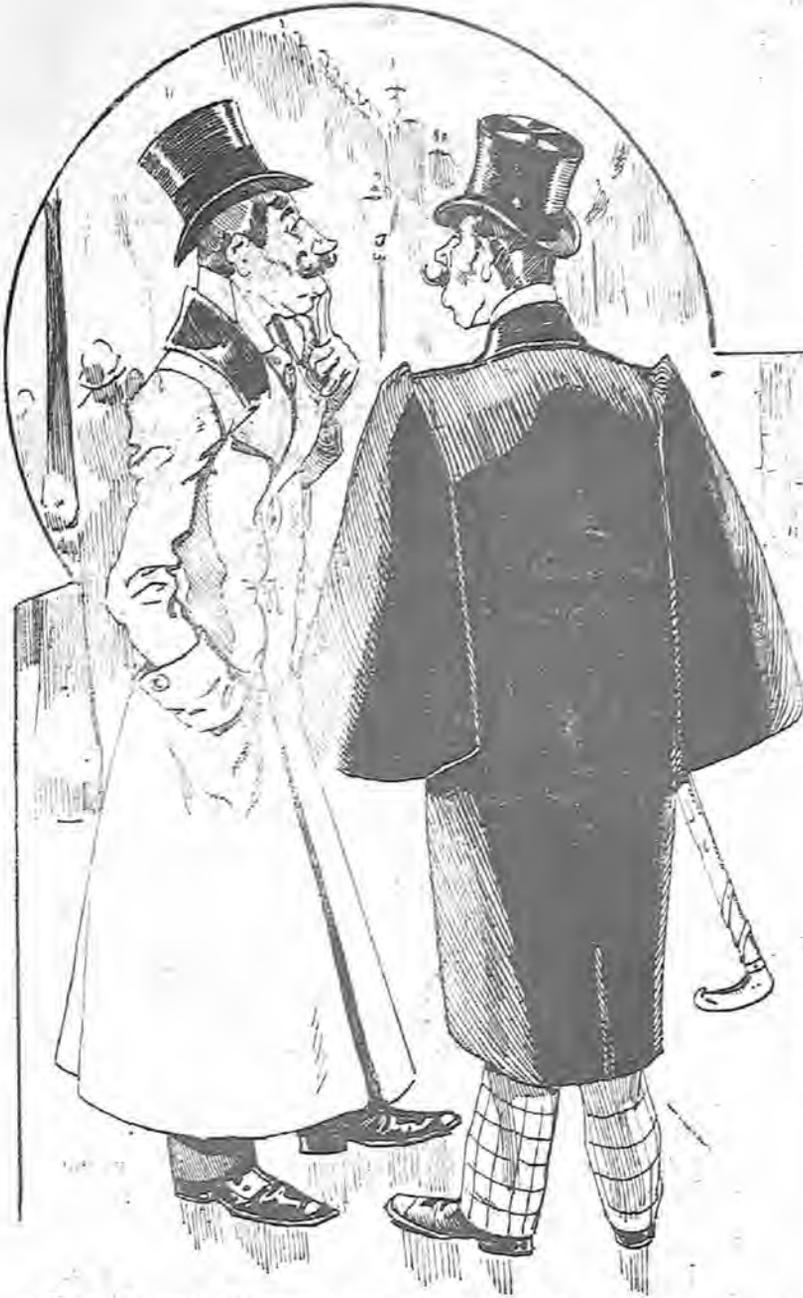
Todo tiene en este mundo equivalencia marcada: los vicios y las virtudes, los goces y las desgracias, y las prendas personales y las prendas empeñadas.
 —¿Es una Venus! se dice de una mujer bien formada.
 —¿Falanito?... ¡Es otro Adonis!
 —¿Menganito? ¡Vaya un lapal!
 —¿Qué comedia he visto anoche!...
 —¿Sí? —Del tiempo de Caprara... Hay listos como Cardona, cobardes como una rata, más pequeños que Salvani, más altos que Vital Aza, más erguidos que Monares, más poetas que Zapata, más vivos que la pimienta,

más insulsos que una pava. ¡Más bravos que el Cid!... ¡Mitos! ¡Y Gazmanes! A patadas. ¡Y Bratos, sin ser de Roma... Y Castelares... y Cánovas... y Aquiles y Quintos Carcios... y Caillgulas!... ¡Anda, anda!... Pero si se toca el punto de la honradez, camarradas, aunque se vuelva uno loco, no se da en la comparansa. Más honrado que... ¡demonchel... más honrado que... ¡curambal... Aunque es muy triste decirlo, en esta materia, nada, no ha sobresalido nadie de nadie media pulgada, y todos somos honrados aunque se pierda la capa.

Calixto Navarro.



Las cuestiones palpitantes.



- Decididamente hacemos capitán general á López Dominguez ¿Por qué será? ¿Por la campaña de Melilla, indudablemente! Era el único español que no había obtenido recompensa por aquella lucha de titanes...

- Y por fin ¿qué? ¿Tenemos ó no tenemos Massini?
- Te diré. Se ha elevado consulta á la Academia de Bellas Artes, y ésta ha contestado que no puede dar dictamen concreto sin conocer la opinión de León XIII.



- ¿Cuestiones palpitantes, eh? ¡Cualquier día me meto yo en más cuestiones después de verme así, por haber fallado indebidamente el tres de bastos!



- El pan caro, la ropa cara, las casas caras y los empleos de cuatro mil reales para los parientes de los ministros. ¡Ni Dios resuelve así la cuestión económica!

Tiquis-miquis.

A mi querido amigo el Excmo. Sr. D. Eduardo Benot:

Ya sé, queridísimo amigo mío, que usted no gusta de tratamientos, y conste que, si se le doy siempre, no es para honrar al amigo, sino para dar importancia al tratamiento. ¿Qué necesidad tiene un Benot, conocido y estimado por todo el mundo culto, de excelencias ni de señorías, de cruces ni de encomiendas, para ser ilustración de su patria y gloria de su siglo?

Así como en muchas ocasiones el cargo da lustre al hombre que lo desempeña y en muy pocas el hombre da lustre al cargo, usted que honró, desempeñándolo por poco tiempo, el cargo de ministro, honra también el tratamiento de excelencia.

Y voy adelante, que para exordio basta y sobra lo dicho. No sé si será contrafuero ó desacato el que pretenda yo que tengamos

«... un cacho de parlamento los dos»,

como dice, si no recuerdo mal, el D. Frutos Calamocha, tan bien concebido como bien pintado por Bretón de los Herreros.

Si, en efecto, incurro en pecado de irreverencia dirigiendo á usted algunas preguntas, tiene usted en su mano el medio de imponerme la pena, no contestando á esas preguntas mías. Yo sufriré resignado el castigo, y usted quedará así fácil y completamente desagraviado.

Y allá van, por lo que valieren, las preguntas de referencia.

¿Es verdad que van ya muy adelantados los trabajos para la edición décima tercera del Diccionario de la Lengua castellana?

¿Y puede saberse, aunque sea mal preguntado, si en esa edición décima tercera van ustedes á decir, como en la anterior se dice, que Ecuador es: *«círculo máximo que se considera en la esfera y tiene por eje el del mundo?»*

Porque á mi me parece, salvo el mejor parecer de usted, que esa definición no es aceptable, y me parece también que los círculos, como tales círculos, aunque sean máximos, no tienen eje.

Y no quiero seguir preguntando, porque sería cuento de nunca acabar, sobre otras definiciones de voces técnicas y aun no técnicas; en las cuales definiciones hay, á mi juicio, inexactitudes de mucho bulto.

¶ Pero ¿piensan ustedes dejar en el *Lexico* la palabra *oista* que nadie usa ya, aunque era corriente en tiempos de Cervantes, y no incluir la palabra *oyes*, que significa lo mismo, y que, si no muy común actualmente, se halla más en uso que la otra?

¿Van á quedar fuera del Diccionario, como hasta ahora lo han estado, las palabras *convencionalismo* y *obstruccionismo*, representaciones de ideas que no tienen en castellano voces que las expresen?

No se me alcanza, amigo mío, la razón que puede haber para negar carta de naturaleza á esos vocablos.

Y no hablo de *añorar* y de *añoranza*, porque esas dicciones tienen ya dentro de esa corporación defensores celosos que predicán con el ejemplo y acabarán, si no me engañan las señales, por hacer un hueco para *añoranza* por lo menos.

¿Y qué me dice usted, mi querido D. Eduardo, del verbo *editar*?

¿Qué razón hay para no admitirlo, si el uso, árbitro legislador y norma del lenguaje, según los preceptistas, lo apadrina?

Editar una obra, no es lo mismo que publicarla, y admitida la palabra *editor*, no hay razón que abone la resistencia á conceder el *esqueatúr* al verbo correspondiente.

¶ Pero ¿querrá usted creer que en el Diccionario no existe la palabra *asilamiento*?

Es decir, no sé si existirá en la nueva edición; me inclino á creer que sí; porque en un país donde con tan deplorable frecuencia se ha hecho uso de la *cosa*, es peregrino que no exista legalmente la palabra.

Me explico que la Academia oponga resistencia pasiva á la adopción de la palabra *institutor*, que no tiene el correspondiente masculino *institutor*, y que, al fin y á la postre, no es de necesidad imperiosa, porque hay voces bastantes con que sustituirla; comprendo también que se nieguen ustedes á conceder pase á la palabra *recipiendario* ó *recipiendario*, que es una especie de misacantano en las academias; pero no me explico la falta de las palabras: *dintelero*, *umbralero*, *petrolero*, *dinamitero* y otras por ese estilo.

Y aún comprendo menos la ausencia de los vocablos: *atánico*, *altruismo*, *altruista*, *policiaico*, *escamón*, *augurio*, *expedienteo*, *brusquedad* y otras muchas que no he de mencionar ahora.

Pues otra cosa es la de hallarse, por ejemplo, el verbo *vejar* y no encontrarse la palabra *vejatorio*.

Y pongo aquí término á mis preguntas, porque el tema es árido, y el asunto, aunque de interés, algo enojoso y porque además, si usted no ha de contestarme, lo preguntado basta, y si usted responde, tela tenemos cortada para un rato.

Después de todo, y en resumen, solamente deseo saber si, cuando se publique la décima tercera edición del Diccionario que ustedes preparan, podrá decirse legalmente y sin infracción de los mandamientos de la Academia: *Timo*, *timador*, *dictaminar*, *tongo*, *pelotari*, *pelotarismo*, *primistas*, *hajtistas*, *impedimenta*, *emperifollar*, se, y si no se cometerá delito de lesa gramática diciendo una *millonada*, como sucede ahora.

Dicho lo cual, no me parece necesario añadir, amigo D. Eduardo, que, no obstante lo de académico, quiere á usted y la admira de verdad su amigo de bogaño y de antaño,

A. Sánchez Pérez.

ENTRE Cónyuges



—¿Ves? ¡Por eso no quiero salir de paseo contigo! ¡Porque no me haces caso!

—Dispensa, mujer; es que iba pensando una cosa muy importante.

—¿Qué cosa?

—Que si los encargados de trasladar la Cibeles hubieran tenido que hacer El Escorial, ¿se queda Felipe II con las ganas!

Menudencias.

No olvides nunca, mi querida Olvido, que la mujer casada que es *ligera*, cuando hace desgraciado á su marido, es para hacer dichoso á otro cualquiera.

De tanto leer tus cartas, vida mía, he aprendido á olvidar la ortografía.

RAMÓN ASENSIO MAS.

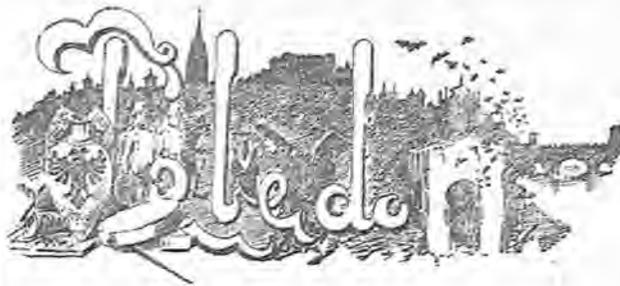
Para hacer un arsenal se unió Juan con varios socios, y antes de estar construido ya le limpiaron los fondos.

FEDERICO CANALEJAS.

Porque todos me tienen por un santo y porque dicen que me muero pronto, las hijas de las madres que ame tanto me besan ya como se besa á un santo.

JOSÉ GUINOT.

ESPAÑA CÓMICA.



Los amigos que vienen a jugar.



Los amigos invitado al libro.



Tenía estado tanto Toledo que no se le tiene Toledo, la Católica, Nueva Nueva y el puente de San Martín.



Se necesita un aprendizaje de un par de años para saber que clase de agua se ha de comprar para cada cosa. D'el río para beber. De Cáceres para ayudar la digestión. De Murcia para los pavos. De San Juan para beber. Etc., etc., etc.



Hay que traerlo á casa una ballena á dos (Pa' usar).



En la ciudad hermosa que todo el Tajo, se lava las gomas un estropajo. Conjetura. Conjetura. Conjetura. Conjetura. Conjetura.

Vivir de comer.



De Vargas.



Este es el río Tago que, como todo lo de Toledo, es agua. —Y por qué? —Porque pasa en Madrid, y además es la fuente de la comedia.



Uno de los que van á la plaza, acompañado con un tallo bajo la capa.



—¿Qué vas? —A tener á este sistema á la librería.

CHISMES Y CUENTOS

No se habla ni casi se escribe de otra cosa que del prólogo puesto por Galdós á su obra *Los condenados*.

Tan delicado es el asunto que, aunque buenas ganas tengo, no me siento con fuerzas para echar mi cuarto á espadas.

Solamente diré que, á mi entender, tiene el citado prólogo una parte absolutamente indefendible: la que puede considerarse desahago vanidoso de autor silbado, y otra parte muy digna de estudio y verdaderamente notable: la que trata del estado actual del teatro y de la misión de la prensa en su relación con las obras dramáticas.

Si todo eso lo hubiera escrito Galdós novelista, antes del estreno de *Realidad*, con sereno espíritu y... para defender á otro, se hubiera leído y tenido en cuenta con la atención y el respeto que merece; en las presentes circunstancias es inoportuno y no puede tener autoridad de ninguna clase.

Pero, anda, que bien caro lo está pagando el autor de *Gloria*.

Porque con tan infuisto motivo se codean con él y le dan un tale de padre y may señor mío varios apreciables caballeros que en su vida las han visto más gordas.

Han de saber ustedes que en la Habana se publica un semanario político independiente que se titula *La Carta del Sábado*.

Esto no tiene nada de particular.

Sepan ustedes asimismo que el miércoles 24 de Octubre del año pasado dicho semanario político publicó una hoja extraordinaria, en uso de su perfecto derecho.

Tampoco esto debe asombrar á nadie.

Pero... (y aquí entra lo estupendo) yo he recibido bajo cerrado un ejemplar de esa hoja, el susodicho sobre no traía el correspondiente franqueo y el cartero me ha exigido 50 céntimos para subsanar el olvido del remitente. Bueno; pues ¿saben ustedes lo que contenía la hoja?

Una plana de anuncios, el retrato de Vico y debajo esta afirmación que anda y lironda en letras grandes:

Vico es hoy el primer actor del mundo.

Al principio estave por incomodarme; pero luego, pensándolo bien, he caído en la cuenta de que debo estar agradecido á mi corresponsal misterioso.

—Porque una noticia de ese calibre bien vale dos reales.

—Y si había de estar tres ó cuatro meses intranquilo cavilando sobre

quién podría ser hoy el primer actor del mundo, por cincuenta céntimos he salido del paso y ya sé positivamente quién es.

Vico.

Libros:

El marqués de Santa María, notable y concienzado estudio biográfico, hecho por D. Enrique Vera y González. Forman la obra dos voluminosos tomos de más de seiscientos páginas cada uno, y en ellos hace el autor, al par que la biografía del marqués, y con ese motivo, una historia amena y detallada de los acontecimientos políticos de esta época, con gran copia de datos y creciente interés en la narración. Precio de la obra: 15 pesetas.

Tierra de Segovia (dibujos y ficciones), colección de leyendas, cuentos y artículos de costumbres, por D. Silverio de Ochoa, que maneja con admirable corrección tan difícil género. Precio: 2,50 pesetas.

Veros, del poeta bonaerense D. Manuel B. Ugarte, que viene á probarnos con su libro que también hay inspiración y vigor y delicadeza de estilo entre los literatos argentinos.

De todo tiene la viña, juguete cómico en un acto y en prosa, original de D. Fernando Piñana, y estrenado recientemente con feliz éxito en el Teatro de la Comedia.

El Señor Presidente, juguete cómico en un acto y en prosa, original de D. Santiago Oria y D. Dionisio de las Heras, estrenado con gran aplauso en el Teatro Martín.

El león enamorado, célebre novela de Federico Soulié, correctamente traducida al castellano. Precio: una peseta.

Calendario higiénico dental, de D. Tirso Pérez.

La lamparilla del Cristo (tradicción). Interesante y bien escrita novela del distinguido escritor D. Roberto Bueno. Precio: 3 pesetas.

Cantos de un mudo, por Constantino Gil. El inmenso y justificado éxito de este libro se prueba con esta quinta edición que ahora aparece considerablemente aumentada. Constantino Gil es asiduo colaborador del MADRID CÓMICO y ojalá lo sea siempre! y no está bien que le alabemos; pero no ha de ser eso causa de que dejemos de recomendar eficazmente su libro, en la seguridad de que han de agradecerémoslo los amantes de las bellas letras.

Con decir que en esta nueva edición está incluida la composición «A mi hijo», tan celebrada en toda España cuando se publicó por primera vez en este periódico, excusamos añadir que se agotará tan pronto como las cuatro anteriores. Precio del tomo: 3 pesetas. Librería de Fe.

Llamamos la atención de nuestros lectores acerca de los *Calendarios americanos* publicados por la librería de Bailly-Bailliére é Hijos, de Madrid, pues los hay para todos los gustos, con ó sin termómetro. Mereciendo especial mención los llamados *Mediano*, *Infantil* y *Colibrí*, que tan buena acogida les dispensó el público cuando fueron editados por primera

vez; por lo cual, los Sres. Bally-Ballière é Hijos, en agradecimiento, no han dudado en hacer una gran tirada, que muy pronto se verá agotada, habiendo adquirido de las casas más importantes de Europa más de doscientos modelos de elegantes cromos en que irán montados los caprichosos tacos.

El precio de estos calendarios está al alcance de todas las fortunas, pues los hay desde 50 céntimos hasta 5 pesetas.

Agenda de buste, para 1895, edición especial para esta provincia, publicada por la casa editorial de *Bally-Ballière é Hijos*, de Madrid.

Se hallará de venta en las librerías, establecimientos de objetos de escritorio y bazares; pero debemos advertir que la edición está casi agotada, por lo que deben apresurarse á adquirirla, si no quieren carecer de tan útil obra.

*

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Ansoi.—¿Y ése está mejor que el anterior? ¡Cielo santo, cómo estaría el otro!

Mefistófeles.—Vaya, voy á complacer á usted publicando la primera parte. Héla aquí:

¡Oh barca pescadora
que en busca
de pez vas.

Quién sabe si lo encontrará!

Y basta, que de lo bueno poco.

Caliban.—¡Cuántas veces se habrá dicho eso, en forma mejor, por de contado!

Venancio.—Un poquito... ¿cómo lo diré? Un poquito cursi resulta.

Sr. D. U. G.—Tengo el sentimiento de empezar el año 1895 como acabé el 94. Diciendo que no puedo admitir ni examinar artículos.

Robinson.—El melón sí se ve. Pero faltan las pepitas, es decir, el intrínseco de la composición.

Sra. D. O. F.—Don Pablo Parellada. El otro pseudónimo no sé á qué persona viva y tangible corresponde.

Fray Cuaquiera.—No me gusta el asunto.

El cuervo de Sanconad.—Los versos están bien hechos, pero... nada más. La idea peca de vulgar.

Calabaza II.—Se aprovechará alguna que otra, tal vez en este mismo número.

Sr. D. G. A.—Efectivamente, se entiende á daras penas, á pesar de las anotaciones. *Ainda más*, se le escapan á usted de vez en cuando consonantes intempestivas.

Mr. Torpin.—Muy vulgar también el asunto.

Sr. D. D. A.—¡Mal arreglo tiene eso! Porque ni aun la corregida tiene las sílabas dispuestas como Dios manda.

Un escritor latino.—No, eso sí que no; porque la composición se pasa de ligera, á Dios gracias.

Sr. D. E. M. C.—Pero, hombre, ¿que empiece usted el romance asonantando los dos primeros versos! Y eso me impide seguir adelante.

Sr. D. E. F.—Dispense usted, pero hay que huir del hamorismo, que estaba en boga hace diez años. ¡Porque todo se hace viejo en el mundo!

Sr. D. F. F.—Irún.—Puede dirigirse á la librería de D. Antonio de San Martín, Puerta del Sol, 6.

Sr. D. R. M.—Ese mismo chiste hizo mucho efecto, ¿eh que no sabe usted dónde? En una jota de *Vivitas y colando*. Y después en una porción de revistas políticas.

Cuatro dedos.—Mucha pena me da, pero ¡ay de mí de tantas no puedo aprovechar ninguna.

Sr. D. E. C. P.—Los que no son vulgares del todo, que así me parecen la mayor parte, son atrevidos...

Sukam Tsam.—En efecto, no hay modo de encontrar ahí un corresponsal que pague, aunque sea con retraso. Le enviaremos á usted los números para que complete la colección y le agradeceremos que nos designe persona formal que pueda encargarse de la venta.

Zapatilla.—Ni cuenta usted las sílabas, ni se dice *veritas*, sino *versifico*, ni al que copia se le llama *plagista*, sino *plagiario*, ni le quieren á usted bien esos amigos que le aconsejan que se dedique á la poesía. Esta es mi opinión leal y franca.

Sr. D. J. G. O.—Medianilla es. Tenga usted cuidado con el verso y conociendo de la hermosura el grado, porque es más largo que la carretera de Francia.

Sr. D. A. R.—Son demasiado formales entrambas. Aparte de que, en la forma, no tienen tampoco toda la corrección que fuera menester.

Diabólico.—Ni tan buena como para publicarse, ni tan mala como para aconsejarle á usted que se deje de copias.

P. Fino.—Si no parece que ha querido usted guasearse, venga Dios y dígallo.

Riphot.—Esas cartas de los soldados, cuando no tienen novedad y gracia... se hacen pesaditas. Y ¡vaya un consonante á madre que ha buscado usted en la postdata, compañero!

Pipito Piporro.—Puede usted enviar la tarjeta cuando gaste.

Rosa y Federico.—No sólo le contesto á usted ahora, sino que voy á publicar, por gusto, la primera parte de su composición, que es la más graciosa:

«No sé si recordará
que ha llegado el año nuevo
y que contra tu costumbre
has dejado de querernos.
No hemos recibido nada,
ni tu felicitación,
ni un pavo,
ni una canasta,
ni gallinas,
ni absolutamente nada.»

¿Eh? ¿Le gusta á usted ahora?

Sr. D. C. G.—Pues... ¡ay! no puedo, con *tristura* inmensa, complacer á ese *chico de la prensa*,

porque es demasiado serio todo eso para este periódico.

Sr. D. J. G. P.—¿Sabe usted que ni aun arreglada me resulta? De la otra no hay que hablar, porque en cuatro versos tiene tres consonantes y uno *susito* completamente.

Sr. D. A. H.—Villanueva de la Jara.—Se recibió la suya y queda hecha la renovación.

Dia-ter-top.—No ¡ay! nada de álbums, ¡por la Virgen!

NOTA.—Como no ha habido esta sección en el *Almanaque*, se nos han aglomerado las cartas hasta el punto de que no es posible contestar ni á la mitad siquiera. Conste, sin embargo, que quedan examinadas todas las demás y que nada de lo que en ellas se contiene entra en tarro.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPOSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 16 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID, 1895.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.—Teléfono núm. 324.